

EDGARDO GARRIDO MERINO

POR SAMUEL BAEZA REYES

(Exclusivo para LA PRENSA)



Seña una entrevista con un escritor importante. Alguno que había logrado por su serenidad y emotivo espíritu traspasar las incognitables barreras de la mediocridad, ese cual drama y tensión indecisa dicta como su mortífero oficio en zonas más o menos logrando una sombría eternidad. Su obra y su nombre, en vestigiosas ascensiones, elevados al cielo, en brumosa aureola de una soñadora estrella donde prezaren y de la cual irradiar su luz universal.

Levitanos nieto de Cervantes: ha dicho la crítica española especializada; otros, hacen figurar su nombre junto a los Grandes de las Letras hispanas. Si insiste, para dar mayor realce a su obra y figura, de los estrictos vínculos de amistad que sostuvo con el filósofo Ortega y Gasset, con el conflictivo Unamuno y el Barroco existencial.

Todas estas cualidades y "pergaminos" de Edgardo Garrido Merino (Premio Nacional de Literatura en 1972), con certeza, para algunos, no cabrán en un estrechado libro; pero, como van pocos anticipados al bajo vuelo. Lo permanece, colmado y sentimos así. Por conserje, nuestra preparación previa a la entrevista fue exhaustiva. Esperanzas exiguas, "avivadas preguntas", tópicos. Nuestro ingenuo propósito era mantener en la conversación una cierta ordenación y continuidad...

No fue así, por fortuna. Llegamos a su casa, calle Condesa, hermosa avenda ubicada en el residencial barrio de Providencia, nos atendió y gentilmente nos condujo al living de la casa una agraciada y hermosa señora. Soberina de nuestro escritor —después lo ave-

niamos. La espera fue breve. Movimientos en el segundo piso de la casa, sobria y hermosa casa, nos hacen suponer que sigue su agencia a dormir. Un poado y dificilísimo comienzo corroboró nuestra impresión: sus piezas canecas y agotadas de tanto recorrer mundo lo están jugando una mala pausa —refiere su señora.

Y ahí lo tenemos. En el cuarto de la edad avanzada, recogiendo el fruto de la vida. No es tanto verdadero de la necesidad, ni el resultado de una embragadora de la época plena de ambiciones, sino la pluma fragante, modesta en su belleza, de un autor de larga trayectoria, y tal vez con piezas más de corto, como ensañadas en el libro de Horacio". Acedió a nuestras sazón en una sencilla, espontánea y natural sonrisa, igual cristalino fulgor reflejo de pureza y rectitud de alma.

Nuestra conversación fue franca, abierta y emotiva, traida del más puro y clásico maravillo de nuestra esperanza. Como algunas casanareñas, hermosas de lluvia, de anhelos, de esplendorios, de incomparación —se nos dice más bien la magia de la literatura— nos intercambiamos en su vida y en su obra, en sus éxitos y fracasos.

Sus dimensiones y certificándose ejes que tuvo otras tragedias anuncian reflexión, rebosa satisfacción y alegría. Le hemos recordado el Premio Nacional de Literatura, la reacción de la crítica, los comentarios positivos al premio —algunos centrados en la novela—, la admisión entre su obra y su libro total; si se considera la obra en España, en el extranjero, con socios y amigos, con la prensa y la radio, desempeñando en editoriales con su espacio privilegiado. Vaya "Qué autoridades! Claro si el pensamiento humano fuese vulgar objeto al cual se le grande ensueños o someros celos en las obras de don Ricardo (especialmente "El Hombre en la Montaña)", considerada como la más "experienciada" de sus obras, una muy descripción amistosa, minuciosa y detallada de algunas regiones de España, pero todo esto utilizado como trampolín para extravagantes circunstancias hispanas de todos universales que interesan tanto a dioses como a diablos.

Otro sector de la crítica orientó sus posiciones ante la lucidez su persona y hacia un total desenfreno de sus méritos como escritor. Pocas señales que hubiera deseado ver la mente del escritor subordinada a un sistema rigido de pensamiento, encallada en trios y deshumanizados moldes intelectuales. Incapaz de distinguir, entre un vulgo parate y una obra literaria de calidad, las contradicciones entre el principio que devaga sus actos y concepciones.

Otros, intrascendentes y vulgares fueron todas las opiniones partidistas en contra de la obra de Edgardo Garrido, pero su prosa está allí: magnífica, orgullosa y dulcana, lejos de al rigor y estriccia de la crítica universal que no ha vacilado en considerarla una de las más bellas de los escritores contemporáneos de habla Hispana.

Eso mismo ejes vivaces que siempre rotulan alegría y felicidad de la vida y del vivir, se manifiestan nostálgicos; una tensa brama de resto preservar cráza furiosa sus ojos. Ha recordado a sus antiguas carabinadas, las ingratiitudes de la vida y el especial, a su único y gran amor: María de los Ángeles, esposa y compañera con la cual se unió para una vida eterna, una vez que terminó "su ardor" con el Todopoderoso. Así lo creé y lo siente nuestro autor y lo manifiesta

con una naturalidad que refleja su profundo espíritu místico y cristiano.

Las pasiones y vidas humanas existen en todos partes, tanto en la ciudad como en la montaña, tanto en la tierra como en las alturas. Su obra principal ("El Hombre en la Montaña", Ed. Naufragio), nos muestra acercos de esta particular manera de concebir la realidad y lo hace por medio de un artista que dedica por su suerte, elegancia y sencillez.

De las columnas de este hermoso diario, mi reconocimiento, respeto y gratitud por esos cuatro minutos de verdad que fueron cuatro horas, de franca y cordial conversación en que logramos detener la vertiginosa marcha del tiempo.

Edgardo Garrido Merino [artículo] Samuel Baeza Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Baeza Reyes, Samuel, 1947-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Edgardo Garrido Merino [artículo] Samuel Baeza Reyes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile